

La invasión o la última cruzada del espacio

JESÚS QUINTANILLA OSORIO

Agazapado detrás de una enorme poltrona, permanecía expectante ante el preligro cercano.

Aquellos hombres, si así podrían describirse esas extrañas criaturas con rostro casi humano, pero con garras en lugar de manos y una boca muy similar a la de una mantis religiosa, habían irrumpido de forma estrepitosa al salón de la tienda departamental.

En la semioscuridad de la avanzada tarde, sus movimientos bruscos producían un golpeteo mientras arrancaban pedazos de los enormes sillones de cuero.

Nada parecía detenerlos.

Toda la ciudad estaba infestada de esos entes. En la ferretería, luego de ultimar al propietario con dos certeras mordidas, destrozaron el lugar y a los pobres dependientes que gritaban desafortunadamente. Ciertamente que los policías intentaron detenerlos con sus armas largas y luego con las armas de carga, pero ante la dureza del caparazón que les cubría, lo cual les daba aspecto de enormes escarabajos, era casi imposible.

Yo había logrado escabullirme tras su aparición en el cine "Estelares", un vetusto edificio donde exhibían los fines de semana, películas de ciencia ficción de los 90's.

Aunque ya tenían casi 45 años, en el tecnificado 2032 el disfrutar de una cinta como "Terminator 3: La rebelión de las máquinas", era, para fanáticos del género como yo, todo un deleite.

Logre correr luego de los primeros ataques y sumarme a quienes huían despavoridos.

Evidentemente, mi escondite en esa tienda departamental, no duraría mas que el tiempo que les llevara a aquellas cosas percibirme.

Aunque era una tarde extremadamente calurosa (desde el 2022, las temperaturas oscilaban entre los 60 y 70 C° en las zonas meridianas, y entre los 80 y 100 C° en las costeras), la idea de abandonar no solo la protección del aire acondicionado si no incluso, la impermeabilizada franja anti UV de aquel moderno edificio, no resultaba atractiva.

Andar en despejado mas de 15 minutos implicaba obtener gigantescas ampollas en las partes expuestas al sol y un muy posible desmayo si se prolongaba a media hora el estar a descubierto.

Las autoridades obligana a todos a usar trajes recubiertos de asbesto, guantes apelmazados de aluminio esteril y una careta de plexiglás con goles de amplia visión, pero como dicho atuendo era muy caro, la gran mayoría optaba por llevar ropas dobles, guantes de tela y lentes oscuros, con pasamontañas, lo cual no era sficiente protección, y los mas de ellos, tenían marcas en el rostro y las manos tan laceradas como si les hubiesen torturado a conciencia.

Como yo era clasemediero, es decir, de la mayoría, contaba con un atuendo similar, con la única excepción de usar zapatos mocasines de piel de cencerros puesto que las botas tipo militar no eran de mi gusto.

Atisbé brevemente desde mi escondrijo, por si alguna oportunidad se presentaba para escapar.

Los seres oteaban la estancia, como si pudiesen sentirme o peor aún, verme con esos ojos de reptil tan profundos. Con el miedo en las entrañas, trataba de no respirar.

Uno de ellos se acercó a donde me encontraban.

Cerre los ojos, instintivamente, temeroso de verme descubierto, pero la creatura, con sus manazos hacia adelante, regreso con sus compañeros y, juntos, se alejaron dejándome campo abierto.

Dividirse una ventana semiabierta, y muy despacio, avance hacia ella. La traspuse y, ya en la calle, con el calor escociéndome la piel, corri a toda prisa hacia una esclusa que derivaba en el maloliente río infestado de ratas del tamaño de un perro y cucarachas similares a un ratón doméstico.

En la oscuridad, encendí una cerilla.

El lugar se advertía goteante muy sucio, pero proporcionaba seguridad.

Caminé, ya más tranquilo, solo atento a los enormes roedores, y pensé en el siguiente paso a dar.

Debia alcanzar las afueras de la urbe y encontrar refugio en alguna cueva del calcinado bosque.

La noche sería el mejor momento para escapar.

Desemboqué en un vertedero junto a la antigua pista de aeronaves de impulso magnético, y, a lo lejos, la chamuscada maleza me indicó el sitio más idóneo para llevar a cabo mi plan.

Observando el entorno, no advertí enemigos, y corri sin detenerme hasta que alcance el lindero del bosque.

Aunque exhausto, con el alma pegada al suelo, chapoteé entre aguas pantanosas, hasta llegar al llamado jardín de sicómoros, un jardín artificial que conducía a una cueva horadada por maquinarias, que había servido de parque de diversiones. Una vez en la cueva, que estaba desierta, reparé en mi hambre: Desde hacia dos días no probaba bocado.

Busque con afán por si encontraban una lata o al menos, una fritura, pero, seguramente, alguien se me había adelantado.

Encontre en una maquina expendedora una barrita de trigo y, gracias al cristal roto que la exhibía , pude aprovisionarme de ella, y distraer al menos un instante mi estomago del ayun, aunque con tan austero y frugal aklimento, apenas calmo mi feroz apetito.

Temeroso aun, busque las partes mas oscuras del lugar, y encontré un tubo de ventilación donde me acomode como pude y cerre los ojos.

¿Cómo había llegado a ello?

Cuando en el 2026 se anuncio la llegada del personal de la base marciana, ninguno pensé mas que en cansados viajeros retornando a casa después de 4 años de trabajar en Uptus, la capital de Marte, y nadie pensó en alguna clase de peligro.

Sin embargo , nuestros avezados científicos habían estado experimentando con soldados de camuflaje, insertando ADN recombinante en toda clase de insectos, artrópodos en su mayoría, y el resultado fueron esas criaturas monstruosas que vinieron de polizontes con la tripulación de la nave madre, y pronto, se multiplicaron en demasía.

La invasión propiamente dicha, comenzó en el 2027, cuando lograron reducir a la fuerza militar y acorralar al gobierno resguardado en el estado europeo de Bahrein Norte. La geografía económica no era la misma de comienzos del siglo 21, puesto que los 3 estados federados, America Planetaria, (compuesta por el antiguo continente americano, las Antillas, la Polinesia y Australia), Europa Norte (aglutinando a la Europa y el Africa de los antiguos) y la Asiatica (concentrando a Asia, Oriente medio y lejano, hasta el lejano Japon), tenían por capitales a Isla Diamante (una isla artificial entre el golfo de Honduras y la antiquísima Belice con toda la tecnología de punta), Bahrein Norte (en la antigua Bahrein y parte de los estados aledaños) y a Hokkaido, situada en las islas aleutianas.

Al tomar Bahrein Norte, donde era la sede mundial del gobierno estructurado, no les fue difícil irrumpir en las demás sedes.

Se reproducían en las plantas químicas y usaban fotones para trasladarse de un sitio a otro.

Pronto la economía mundial en la Tierra, y las colonias de Marte, Venus y Saturno fueron saturadas al grado de crearse un caos interplanetario de proporciones descomunales.

Abundaron el saqueo, la rapiña y el descontrol absolutos.

Se formo alguna clase de resistencia, pero sin mayor éxito.

Los Actron, como se bautizo a esos infernales seres, parecían indestructibles, y tras cinco años de continuo dominio, las posibilidades desde deshacerse de ellos eran muy remotas, y ya nadie, intentaba nada. Tan solo se procuraba vivir.

Su avance era letal: Aniquilaban ciudades de forma sistemática, sometiendo a todos los habitantes a esclavitud trabajos forzados para alimentar sus pupas, y, a los demás, se los devoraban vivos.

Recorde como era la vida antes de la invasión, y las lágrimas rodaron por mis mejillas.

Mis tardes transcurrían entre televisores de visión intramental (te colocabas visores 3D con un casco, y disfrutabas de películas sobre el espacio exterior, las nuevas exploraciones espaciales, o con viejas cintas de comienzos del siglo XXI o finales de este), paseos en tranvías etéreos que bordeaban los antiguos campos fértiles donde ahora las plantas de hidroponía, reproducían los vegetales con escasos elementos, o bien, leyendo en e-readers, toda clase de literatura.

Desde los clásicos de siempre, hasta los autores más modernos, aunque no tan buenos como los de antaño.

Ahora, sobrevivir era la premisa en un mundo plagado de entes salidos de laboratorio, abusando de la ingeniería genética.

Ahora los cultivos transgénicos reducían nuestra vida. La mayoría vivían apenas 55 años y muy pocos lograban llegar a los 60.

Se volvía noticia cuando se descubría al más longevo, de 70 años.

Claro, las enfermedades habían sido casi suprimidas. Bastaba con el coctel de vacunas y unas sesiones de SALUDABLE, una especie de receptáculo en forma de ataúd una vez al año para no sufrir ningún mal. Aquellos que habían padecido los males del siglo XX como los cánceres, enfermedades inmunitarias o las crónicas, eran reenfocados con dos sesiones

de SALUDABLE y se restablecían al cien por ciento, La única enfermedad no curable era la Liechtentein, un extraño escozor de la garganta que no tenía cura. Te desgastaba el esófago en siete horas y morías a los dos días de muy intenso sufrimiento.

Ese era el único temor existente.

Morir joven era una premisa.

“Productivos hasta los 55” era el Lema del imperio.

Empero, la vida era fascinante.

Cierto que los viejos de antes, vivos aun, cursando sus 90s y a veces, cien años, cultivaban en secreto, tomates rojos, que vendrán como pasta de tomate rojos, que vendrán como pasta de tomate en viejos tetrapacks de aluminio, obteniendo algunos SECOBYS, la moneda de curso legal, solo usada con trajetas lectoras de la manos de androides modificadas con su ADN propio, porque nunca quisieron imprimirse en sus manos, con rayo laser, el lector que el gobierno obligo a la maypria a llevar grabado en su propia piel.

Yo naci en el 2016, y con aoenas 16 años, mis padres insitu, me dejaron en custodia del estado.

Me fabricaron invitro y fui insertado en una esclava que fue mi madre sustituta. Las esclavas no redimidas eran humanos que habrían sido capturadas en las frecuentes guerras con las colonias confederadas mas allas de Pluton que, viviendo en la Luna Titan desde hacia mas de cien años, nunca fueron consideradas terrícolas, a pesar de que sus padres habían sido terrícolas abducíos por alguna raza extraterrestre que luego de dejarlas en Titan por las similitud con el clima terrestre, fueron olvidadas alla por sus captores.

La civilización se desarrolló tanto que cuando el Voyager las fotografió, la gente de la Tierra pudo ver en las fotos que el ingenio espacial envió, la similitud con cualquier ciudad terrestre, les hizo dudar de su autenticidad.

Así que mi madre, aunque de ascendencia terrícola, había nacido en la luna Titan. Yo fui concebido en un laboratorio de procreación junto a 4 hermanos, pero que no lograron sobrevivir el primer año. Así pues, era hijo único de mis padres in situ, y pronto, me volví un estorbo y carga para ellos. El ingeniero de naves propulsoras, con su base de operaciones en La Otra Tierra, o Tierra Dos, un planeta situado en el lado opuesto del Sol que también era colonia de la Tierra, y ella, Hidroquímica, una experta en buscar fuentes de agua en otros planetas, vivía en una estación de reabastecimiento de naves propulsoras, cerca de Plutón. Yo era un estorbo porque ellos nunca estaban juntos, y, criarme, era una lata. Así que me dejaron a cargo de una niñera electrónica, de esas por contratos de 2 años, y, cuando comenzaban a morir de inonición, un investigador del servicio social, me rescató cuando una enorme rata intentaba devorarme. A él, Stephen Percival, fue al que considero mi padre. Él me enseñó lo que se y aunque murió en extrañas circunstancias (o al menos, eso me dijeron en un escueto comunicado), lo llegué a querer y respetar bastante.

Ahora, encerrado en ese tubo de ventilación, deseando el amanecer para intentar llegar a la cueva del olvido (un antiquísima cueva paradisiaca de la cual pocos sabían, y que conservaba restos de un jardín tipo oasis), me dolían los recuerdos. Claro, no me atrevía a viajar de noche por la zona boscosa. En el bosque habitaban enormes tarántulas, producto de la radiación, y, además de carnívoras, su aspecto era espeluznante a más no poder.

Era tiempo de descansar.

Cerre los ojos e intente imaginarme un mundo sin terrores.

Mañana las cosas serian mejores.

Parte II

Ya muy avanzada la mañana, desperté.

Habia llovido durante la noche y aunque refrescaba brevemente el ambiente, la lluvia acida creaba charcos que quemaban los pies, aun con los zapatos. Por eso evitaba los charcos y buscaba tierra firme.

Corriendo a tramos, refugiándome entre los restos de arboles para no ser abrasado literalmente, logre avanzar hasta casi las 3 de la tarde.

Habia cubierto casi la mitad del camino, y a lo lejos, la imponente cordillera me anunciaba la meta. Me detuve para descansar un momento junto a una enorme piedra que proyectaba una sombra. No se advertían rastros de enemigos, y los lobos de pradera descendientes de los perros de caza del gobierno, alterados genéticamente y escapados de las grangas de cuidado animal, estarían guardándose de la luz solar que les cocia el pelaje.

No demore mas de quince minutos, y volvi a correr lo mas pegado a las rocas que era posible, buscando un escondedero en caso de presentarse un tornado. Estos surgían en menos de 3 minutos, ante una inestable atmosfera, y alcanzaban hasta los 700 km por hora, devastado todo a su paso.

En el sepulcro silencio, la voz de una mujer que me llamaba desde algún punto cercano a la enorme piedra caliza que bordeaba, me sacudió como un choque eléctrico.

“Amigo”, insistió.

La busque con detenimiento, y en un pequeño hueco practicado en la piedra, divise un rostro al descubierto, con intensos ojos azules y espesas pestañas.

“Entra”, me dijo.

Como pude, entre al hueco, y me di cuenta que era un tubo de conexión con una cámara mas grande.

En dicho lugar, una veintena de rostros, me observaba con curiosidad. Hombres, mujeres y niños componían el grupo.

“¿Eres de la ciudad?”, pregunto alguien.

“Si, soy de la Ciudad”, respondi.

“Quitate esa extraña mascara. Aquí no hace falta”, me pidió ella.

“Me llamo Lena”, dijo con voz jovial y cara muy vivaz.

“Gracias, soy Lex.... ¿Quiénes son ellos?”

“Son mi familia.... O lo que queda de ella”, lamentó.

“¿Los Actron?”

“Mas bien, el hambre.... A veces, logramos cazar lobos de pradera, pero tienen la carne muy correosa y la sangre nos afecta”

“¿No tienen verduras?”

Ella rió. Su risa era pura, argentina.

“Hace mucho que no se produce nada...

No queremos infectarnos con transgenes...”

“Lo entiendo”

Deseé tener algo de pasta de tomate para darles, pero esto era un sueño.

Se decía que en la cueva oasis crecían de forma natural verduras no modificados.

Ni alteradas, Tal vez si la encontrábamos, habría mejor suerte.

“Entonces, la vida es muy dura aquí”, dije.

“Al menos, no tenemos ataques de Actrons, y nuestra esperanza de vida llega a los 80”.

Un gran cartel, en la pared mayor de la habitación, rezaba “Los días de nuestra edad son 70 años, y en los mas robustos, 80 años”.

Intrigado, quise saber.

“¿De quien es la frase?”

“De un muy antiguo libro llamado Biblia. Es un Salmo, es decir, una alabanza hebrea”, explico ella con una sonrisa.

Me quite el pasamontañas, los goles y los guantes.

Todos se asombraron ante mis ojos verdirrojizos y mi cara como de lija.

“Tienes la piel muy aspera”, dijo una niña con cara de asombro.

“Es que en la ciudad nos lastima mucho el sol y salimos mucho”.

Respondi avergonzado.

La que supuse la madre de la niña, la regaño:

“Niña, no importunes a Ley, El no ha vivido sanamente como nosotros”.

“No se preocupe señora, no me molesta”, conteste.

“Pero Nina no debe fastidiar a los extraños.... Sobre todo, a los amables como usted”

“¿Han venido otros?”, quise saber.

“Si, pero sólo a robarnos comida”, solto un pequeño.

“¡Que fastidio para gente tan buena como ustedes”, exclame con verdadero asombro.

El resto de la tarde, la pasamos conversando.

Los niños se fascinaron con las visiones que les di de mis viajes como obrero de construcción en Marte a los 13, y en Urano a los quince.

“¿Y fe pagaban bien?”.

Me reí con ganas.

“Apenas la comida y hospedaje...”

El salario era para los jefes”, les expliqué.

“Lo que si era bueno, era visitar las grangas de especímenes de otros planetas”

Les explique como conoci al canguro de Solar 3, un planetoide cerca de Alpha Centaury, que tenia 6 patas, y saltaba veinte metros terrestres de una vez.

“¡Ohh...!”

La voz de los chiquillos revelaba su asombro.

Les conte de la araña tejedora de estrellas, un enorme insecto del tamaño de un camión mediano que atrapaba a sus victimas en formas cubicas de colores, y les sorbia su energía con sus trece ojos color marron.

Los rostros de los niños me encantaban.

A la hora de la cena, muy opí para por cierto, concentre mi conversación con Lena.

Ella había nacido en un pueblo pequeño de Europa Norte, y desde chica nunca se quedo en las Ciudades.

Sus padres habían muerto en la pandemia de Ébola del 2016, y ella quedo en manos de su tia, la mas avanzada en años de la Colonia (contaba 92 años, aunque parecía menos).

Con ella creció, y, cuando fundaron la colonia, como llamaban ellos a aquel sitio, se convirtió en la sabia lideresa del grupo.

Lena tenia 17 años, y era muy bonita.

Su pelo, largo y lacio, le enmarcaba el rostro.

Me dormi sobre una esfera, y por primera vez en mucho tiempo, no tuve pesadillas.

Parte III

Tras una semana de estadia, pude adaptarme a la sencilla forma de mi nueva familia.

Esa noche, convocaron a una reunión urgente: Se habían detectado patrullas de Actron muy próximos al perímetro de la colonia.

¿Qué medidas se debían tomar?

El miedo marcaba los rostros de mis amigos.

Alton, el viejo profesor de historia que tanto nos había hablado de las cruzadas de la llamada edad media, dijo con cierta parsimonia:

“Debemos tomar medidas muy claras: Los Actron han invadido la Tierra y todas sus colonias en Venus, Marte y los demás planetas”.

“¿Y cómo propone resolverlo?”

“Tendremos que pensarlo”, dijo el profesor muy preocupado.

En mi cabeza, se dibujo una idea.

“¿Y si nos metemos a sus naves propulsoras y, como aquellos aventureros de las cruzadas, atacamos sus cuarteles en el espacio?”.

Todos los ojos se concentraron en mi “Parece una buena idea”, sentencio la lideresa con una sonrisa.

Las siguientes semanas se dedicaron a armar un plan muy detallado de ataque.

Los “cruzados”, como nos nombraron todos los habitantes de la colonia, deberíamos estar dispuestos a todo, incluso de perder la vida en nuestra atrevida empresa.

Los Actron habían llegado el viernes pasado hasta muy cerca de la caseta de vigilancia.

El guardia los vio aproximarse y apago la luz interna. La cámara de infrarojo revelo que los Actron olfatearon el olor a carne humana.

El viernes siguiente, tres avezadas jóvenes y yo, logramos colarnos en una nave carguera reconvertida en nodriza con rumbo a Urano. La primera parte del plan, seria inhabilitar la base de reaprovisionamiento de cintas, la capital de Urano, en la Luna Doxi.

En el hiper espacio, cercanos y a Urano, nos pusimos los trajes de acetileno, y esperamos a que descendiera en Doxi.

Al abrirse las escotillas, salimos furtivamente, siguiendo a dos enormes bichos Actron.

El posicionador nos señalo que estábamos muy cercanos a los soportes de aprovisionamiento.

Con un microchip de Actenio en la bolsa, el cual contenía un virus inprogramable para inocular, en la base de datos sin que fuera reasteable, logramos acercarnos lo suficiente, y lo insertamos en la ranura respectiva.

Con ayuda de un detector de fotones, viajamos en un rayo de luz hasta Actea, la Luna artificial cercano a Sirio que controlaba todas las estaciones dominadas por los Actron.

Paul, el jovencito cibernético, introdujo a su araña de protones en el navegador de internautas de la galaxia, y envio la señal a todas las subestaciones.

De vuelta a la Tierra, los cruzados nos detuvimos en la cercanía de Jupiter, en el asteroide ceres.

Era hora de evaluar el éxito o fracaso de la misión.

Una señal de la Tierra, nos lleno de alegría. El cuartel general de los Actron estaba hecha un caos, y un comando terrícola la había tomado por la fuerza al no tener los bichos un apoyo de triangularizacion de su base estelar, se sintieron solos. Fue fácil reducirlos y tomar control de sus cuarteles.

Pronto hubieron insurrecciones en todo el imperio y los Actron fueron aniquilados.

La ultima curzada del espcaio había sido un éxito.

Epilogo

Esto nos enseño una lección: El abuso de la genética con la recombinación de ADN, producía horrores horribles experimentos genéticos.

En adelante, volveríamos a lo natural.

La invasión había sido revertida.

Recorde la frase que titulaba un cuadro: “El sueño de la razón produce mosntruos”.

Solo que estos mounstros, habían sido, tan solo, una pesadilla que ya había terminado.